



PLUMA

Y LAPIZ

NÚM. 54



NÚM. 54

MARÍA CANCIO
EN EL DRAMA «LOCURA DE AMOR».

Fot. Audouard.



VESPERTINAL

¡Qué plácida tristeza
la tarde serena al corazón imprimel
Aquí, cercano, entre verjel umbrío,
callado se desliza,
sobre guijarros, rumoroso río,
en cuyas claras y tranquilas aguas,
incierto se reflejan
los árboles, las flores, las cabañas,
y á lo lejos
envuélvense de sombras las montañas.

Y llegan de los bosques,
gratos perfumes y murmullos suaves,
cantan en la enramada sus amores,
con armonioso canto,
ruiseñores y pájaros cantores
de variado plumaje.—Las ovejas
en la fértil ladera,
balan, lanzando al eco sus balidos:
y á lo lejos
responde el eco fiel con sus gemidos.

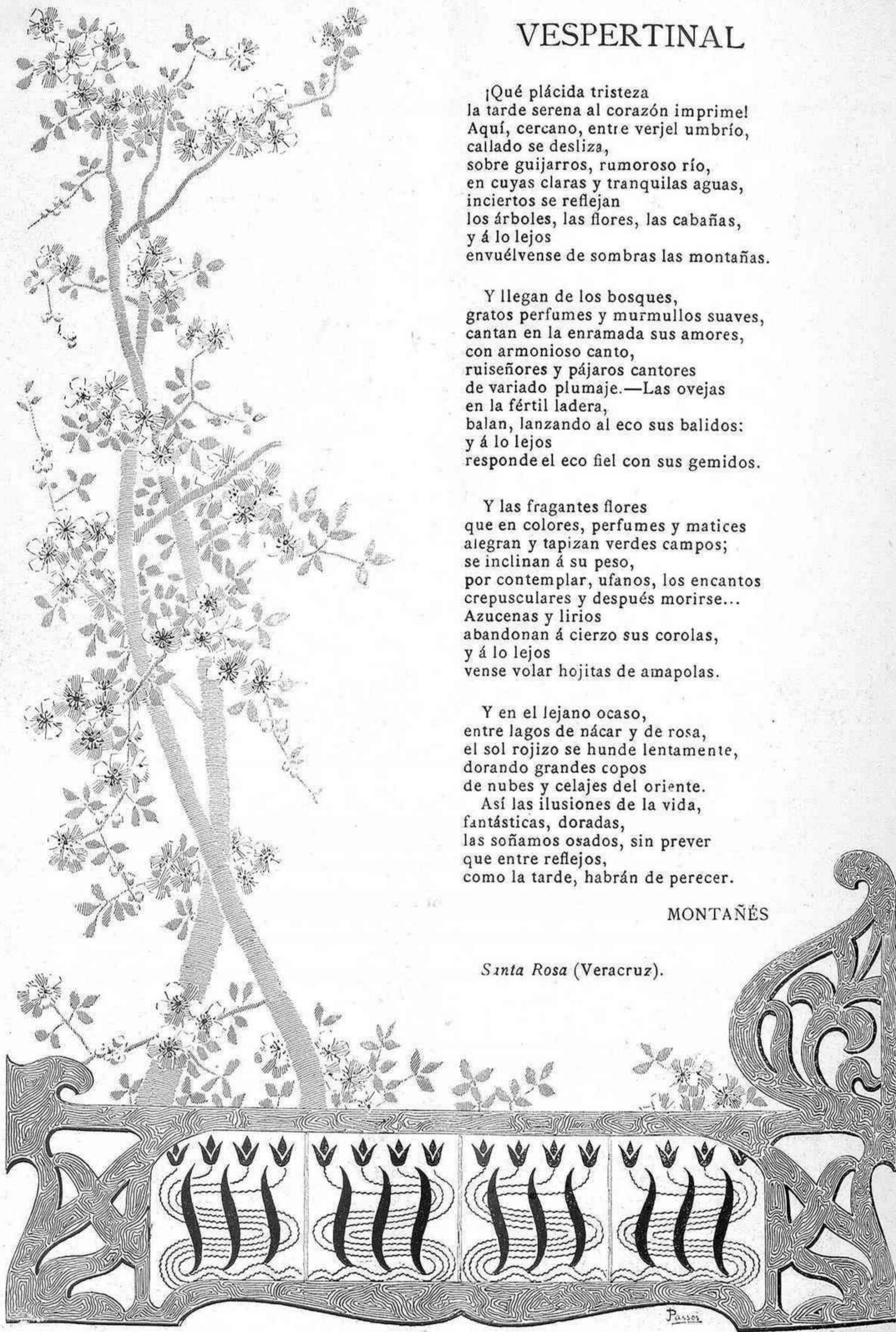
Y las fragantes flores
que en colores, perfumes y matices
alegran y tapizan verdes campos;
se inclinan á su peso,
por contemplar, ufanos, los encantos
crepusculares y después morirse...
Azucenas y lirios
abandonan á cierzo sus corolas,
y á lo lejos
vense volar hojitas de amapolas.

Y en el lejano ocaso,
entre lagos de nácar y de rosa,
el sol rojizo se hunde lentamente,
dorando grandes copos
de nubes y celajes del oriente.

Así las ilusiones de la vida,
fantásticas, doradas,
las soñamos osados, sin prever
que entre reflejos,
como la tarde, habrán de perecer.

MONTAÑÉS

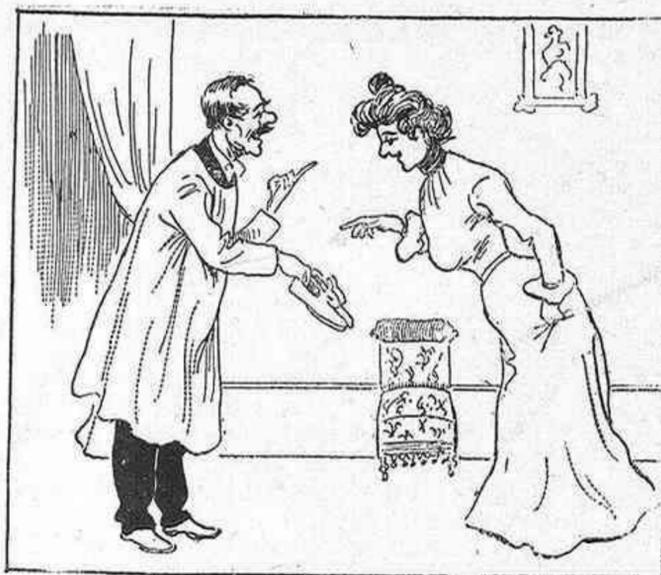
Santa Rosa (Veracruz).



Dibujo de José Passos.



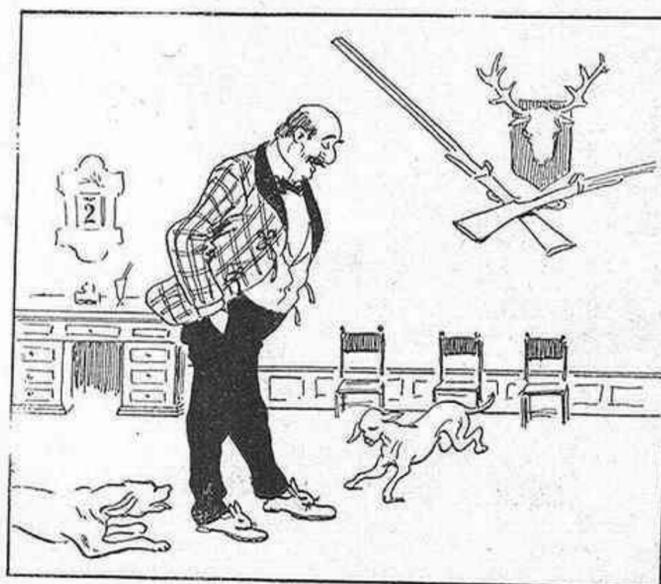
1.—La bella Elisa, que era primorosa en sus labores, bordó unas caprichosas zapatillas para obsequiar á su papá en el día de su santo.



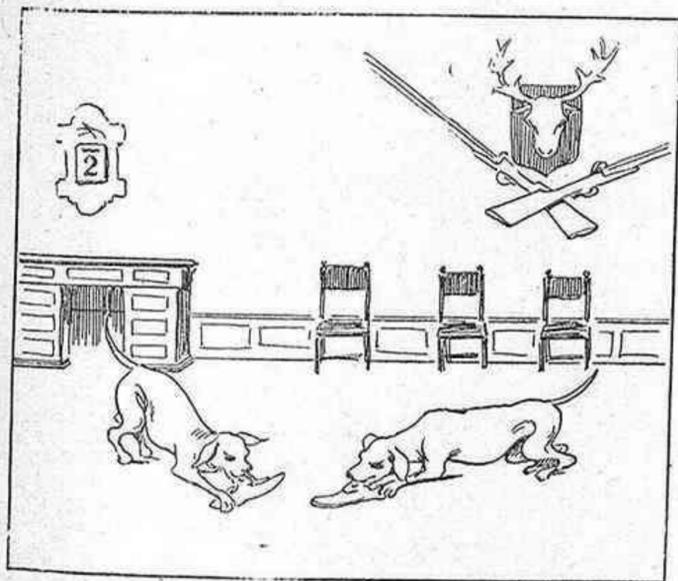
2.—Eran de piel de conejo, y tenían por adorno las cabezas disecadas de los mencionados bichos. Y una vez que las entregó el zapatero...



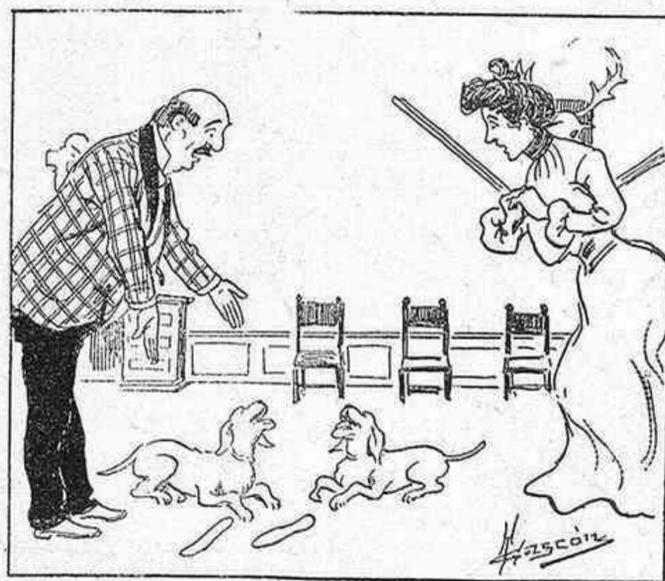
3.—Elisa se las presentó en tiempo oportuno á su papá. Que quedó absorto ante lo caprichoso de las zapatillas y los encantos de su hija.



4.—No pudo la niña obsequiar á su padre con mejor regalo. Don Atilano estaba loco con sus zapatillas. Las guardó después de probárselas.



5.—Pero no tan bien, que los perros no pudieran encontrar las zapatillas. En cuanto se quedaron solos, hicieron presa de los conejos y pronto dieron cuenta de ellos.



6.—Con gran disgusto del papá y de la niña, y gran sorpresa de los perritos, que no se explicaban cómo después de comerse á conejo por rabo, se les abría la boca como si estuvieran en ayunas.

LA RIQUEZA

EL amo que te pases por la dirección, que... tiene que hablarte. El ordenanza acentuó irónicamente sus últimas palabras mientras miraba con malicia á la obrera, que recibió enrojeciendo de vergüenza el fuego de aquellos ojos insolentes. A punto estuvo de desobedecer el mandato y no separarse de su telar. Presentía el temido, el esperado golpe, la confesión del amo enardecido que. cuando visitaba su cuadra, la buscaba siempre con sus pupilas libidinosas entre la turbamulta de las mujeres. La pasión del ogro, del omnipotente, había llegado á no ser un misterio para nadie, bien que el fabricante no pudiera ó no supiera ó no quisiera ocultarla, y todas las compañeras envidiábanla su suerte, su carne núbil, sus cabellos blondos, su fuerza juvenil, aconsejándola, con el consejo desesperado de una vida ineludible de miseria en perspectiva, que cediese, que no desperdiciara la ocasión propicia de hacer su fortuna. Alguna vez sentíase vacilar la muchacha, como tendía á desmoronarse su propósito resuelto de no limpiar las opulentas babas; pero en seguida imponíasele su honradez nativa, su espíritu independiente, su energía salvaje, y desechaba la tentación. Fué, pues, valiente, y una vez recibido el recado púsole en conocimiento de su capataz y se encaminó atravesando naves, patios y pasillos al despacho del dueño.

Como se sospechaba y temía, estaba solo, solo con sus setenta años seniles que, á pesar de su naturaleza ruda de antiguo obrero, tiraban de aquel hombre hacia la tierra. En cuanto la obrerita, fresca y linda y sobre todo fuerte, estuvo en su presencia, el viejo



rostro del fabricante se llenó de sangre y sus ojos relampaguearon. Contúvose, no obstante, por el momento, y con amable acento explicó á la muchacha el motivo de la llamada. Un invento, un telar nuevo que necesitaba una inteligencia superior para manejarlo. Se había acordado de ella, la primera. Nada de favor. La casa entera sabía lo que valía. Y mientras mostraba á la chica el plano, haciéndola acercarse, la envolvía en una mirada ardiente, en un aliento que jadeaba abrasado por la concupiscencia.

De pronto, una ola le subió á la garganta, no pudo más y queriendo coger á la muchacha por la cintura la soltó á borbotones cuanto en su pecho hervía. Desapareció el amo, el dueño omnipotente de todo, el burgués opulento que dispone de millones y quedó el hombre agotado, el viejo que, no pudiendo ofrecer su juventud triunfante, brinda su oro, el peso de su fortuna entera, con tal de beber en aquella fuente hermosa y soberana de hermosa salud.

Balbuente, los ojos inmensamente abiertos, el rostro amoratado volcó cuanto le atormentaba, arrancóse de un tirón la máscara.

—Rica, serás rica, inmensamente rica, — le dijo para concluir avanzando hacia ella entre suplicante y amenazador.

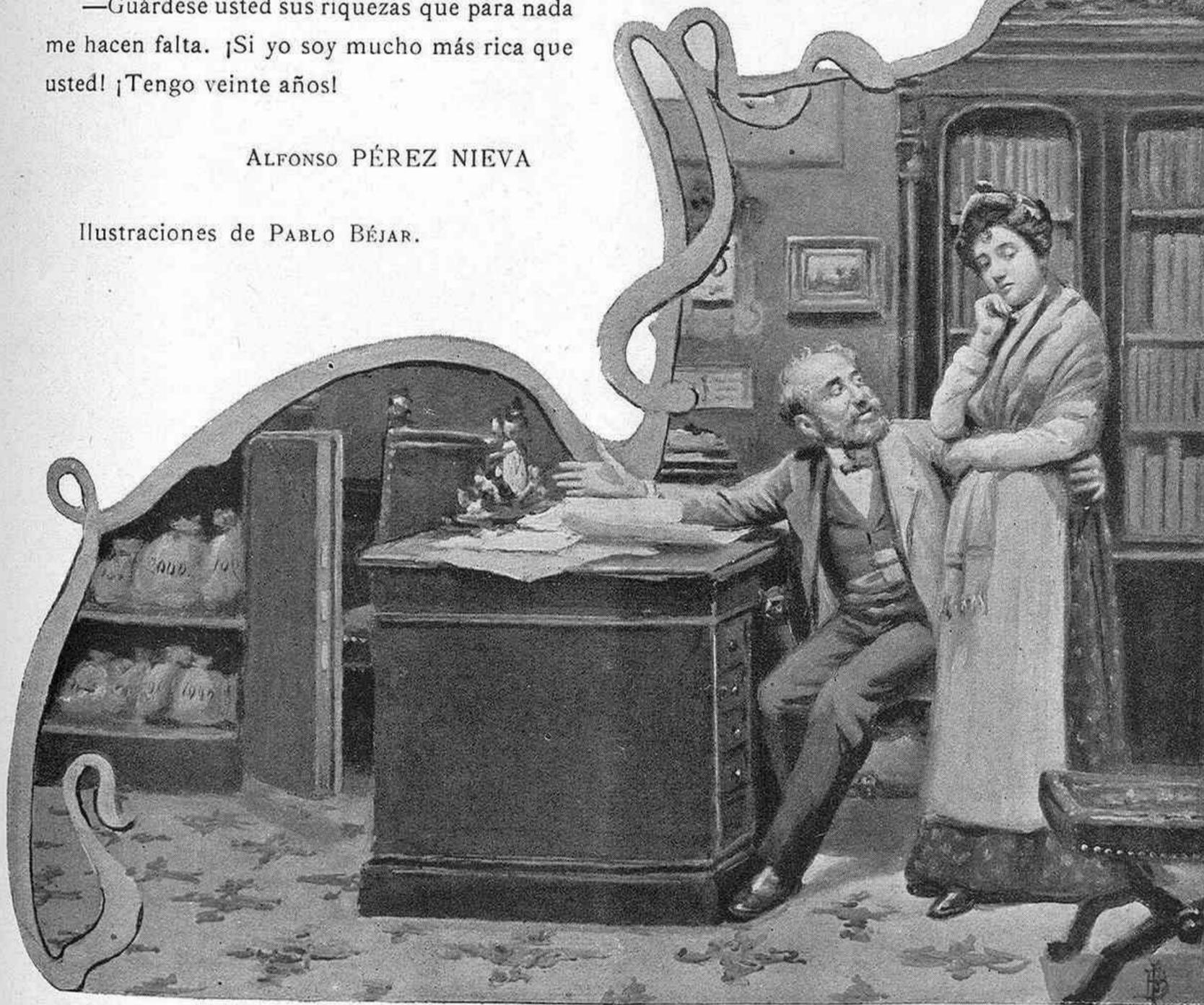
Y la muchacha, enérgica y fuerte, con su corazón lleno de nativa honradez, no tuvo que esforzarse en rechazarlo luchando, defendiéndose con los brazos.

En su instinto de mujer halló la frase, la puñalada, y exclamó á la vez que salía del despacho:

—Guárdese usted sus riquezas que para nada me hacen falta. ¡Si yo soy mucho más rica que usted! ¡Tengo veinte años!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



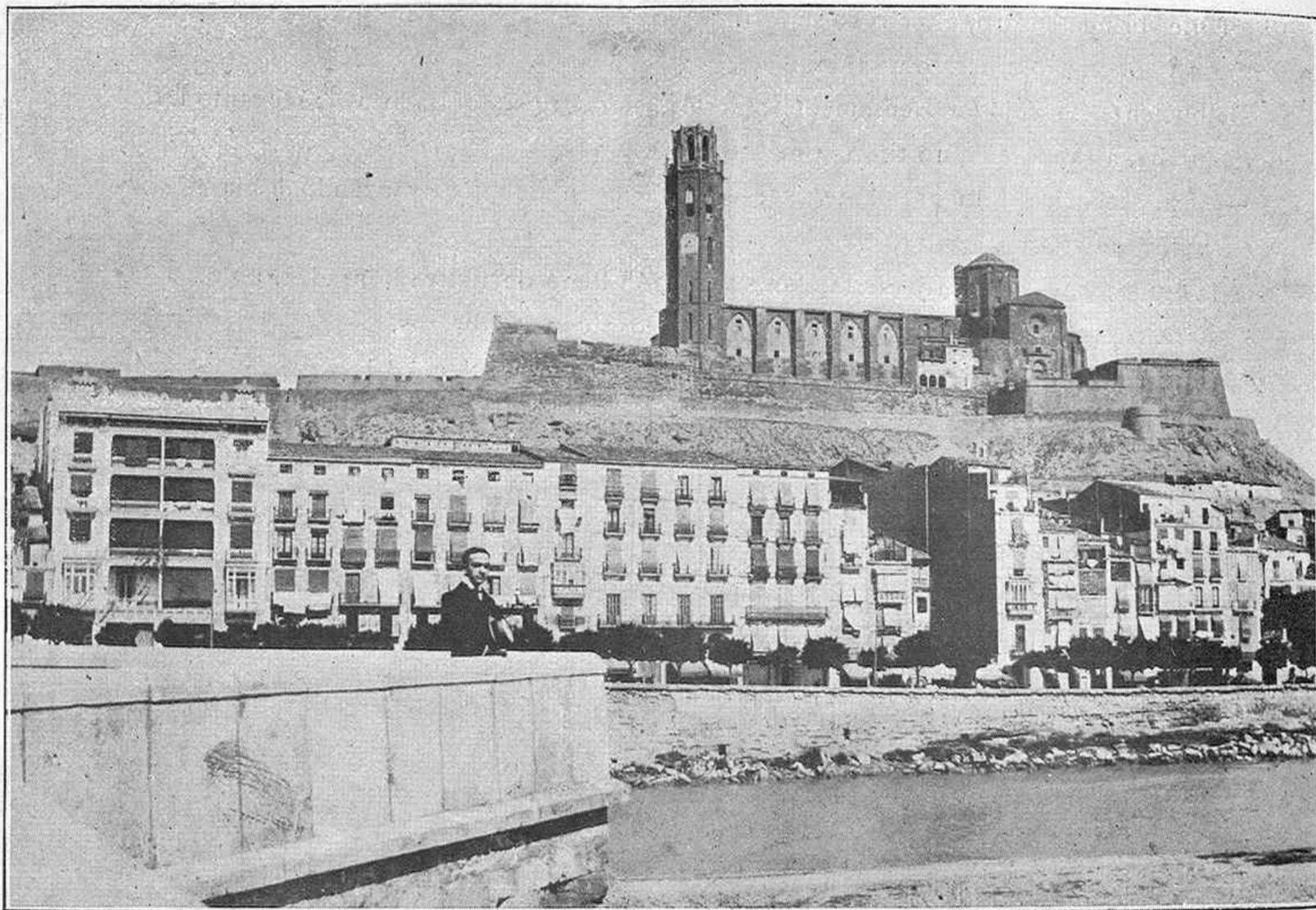
PERFILES

D. Crisanto Pérez, jefe de partido
que á cada momento le ataca un vahido,
habla del Gobierno en tono de mofa
y dice que es gente liberal y fofa.
Es el don Crisanto tipo de novela
que si es necesario fusila á su abuela.

Nació moderado
y es experto y ducho;
no está colocado...
—Pues me alegro mucho.

Enfrente de él vive don Justo Perea
carlista de á fólio y cura de aldea.
Sueña con la hoguera, y habla del tormento
y presta dinero al ciento por ciento;
tiene un ama joven que tiende pañales
de varios muchachos sobrinos carnales.

Hizo la campaña
montado en un *rucho*,
que vendió en España...
—Pues me alegro mucho.



VISTA PANORÁMICA DE LÉRIDA SACADA DESDE EL RÍO SEGRE.

Fot. de Andrés García Quintana.

Cruzando un ministro la calle del Prado,
halló dos señoras de aspecto tronado;
ellas le dijeron: «*Semos cigarreras...*»
y él les dió por casa la casa de fieras.
Medida tan sabia, golpe tan certero,
le valió la banda de Carlos tercero.

Hoy ya no hay quien pueda
con este avechucho
que todo lo enreda...
—Pues me a'egro mucho.

—
Hay un diputado de la mayoría
que siempre que habla, habla de su tia.
En el nombramiento de unas Comisiones
la nombró *ponente* y dió sus razones;
el pobre no entiende de nada una jota,
y aquí está el secreto de ser un idiota.

Su padre fué neo
y antes *ayacucho*;
murió en Rivadeo...
—Pues me alegro mucho.

—
Tengo dos vecinas que discuten tanto,
que las he tomado, créame usted, espanto.
Hablan del Gobierno, hablan de las Cortes,
y hablan de lo caro que cuestan los *portes*.
Ayer inventaron que á un señor de Tracio
lo habían nombrado jefe de Palacio.

Y siempre á mi reja
este canto escucho,
si aplico la oreja...
—Pues me alegro mucho.

FEDERICO CROUSELLES



¡ DESPEDIDA !

Consideraciones y honores de segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes (1901).

Silón Parés.



EL CUARTO DE HORA

SIENTO mucho no ser de su opinión, amiga mía. El cuarto de hora, como vulgarmente se dice, existe en la vida lo mismo para la mujer que para el hombre. Es ese momento fatal en que se juega el albur de la honra.

—Repito á usted que eso no es más que una vulgaridad, con la cual traían los que la sostienen de defender su debilidad, su falta, ó sus vicios. Mire usted que hacer depender la ventura ó la desgracia, el honor ó la deshonra, la vida ó la muerte, de un cuarto de hora, es hasta ridículo. No lo diga usted, Angelita, no lo diga usted.

—Condesa, me ratifico en lo dicho. Será vulgaridad, será cuanto usted quiera que sea, pero que el fenómeno existe es una verdad. Y si la mayoría de los que delinquen tuviesen la franqueza de confesar cómo y qué circunstancias concurren para sus caídas, se convencería usted de que es cierto lo que digo.

—Pues, querida mía, ahora que ya tengo años, puedo decirlo, con alguna igenuidad. La mayoría de los

que estamos aquí reunidos, me han conocido lo mismo casada que viuda, y recordarán que, según decían todos, era agraciada, reunía algún atractivo para que mi presencia en paseos y en salones produjese algún efecto. Esto daba lugar á que llegasen hasta mis oídos frases halagadoras, se me ofrecieran amores ardientes y se me pusiera, como generalmente se dice, al borde del precipicio. Pues bien, todos ustedes saben que jamás me dejé resbalar por aquella pendiente á que todo parecía conducirme. Y cuidado, que no digo yo un cuarto de hora, sino horas enteras corrí verdadero peligro.

—Con eso no nos dice usted nada nuevo, condesa,—repuso Angela Cortés de los Arcos, que era la que cuestionaba con la respetable condesa de los Atares.—Podría usted estar en peligro una, dos, tres horas, si á mano viene, pero no se reuniría ese cúmulo de circunstancias que realmente son las que determinan el instante decisivo.

Esta discusión estaba sosteniéndose una noche en aquellas deliciosas reuniones de confianza con que la condesa de los Atares favorecía á sus antiguos amigos, entre cuyo número me honraba en contarme.



Eramos quince ó veinte no más, amigas de la infancia algunas de las señoras y amigos del difunto conde, la mayoría de los hombres.

Cada noche se sacaba á plaza algún suceso que hubiese ocurrido, algún recuerdo del pasado, ó algún acontecimiento de actualidad, respecto al cual cada uno daba su parecer.

Se discutía con más ó menos acaloramiento, cada uno aducía sus razones en pro ó en contra de lo que era objeto del debate, hasta que daban las once, hora en que invariablemente se servía el te, y hacían alto las discusiones, y á las doce en punto se disolvía la reunión, quedando Montescos y Capuletos tan amigos como antes de la controversia.

La noche de que hablo, estaba preocupada la reunión con motivo de la prisión de un personaje harto conocido en los salones, á quien se acusaba de una acción reprobable.

Con este motivo, uno de los concurrentes dijo que el personaje en cuestión había tenido un mal cuarto de hora cuando cometió aquella falta.

La condesa cogió al vuelo la indicación y negó que lo del cuarto de hora existiera.

Angelita Cortés, opinó lo contrario, y poco á poco fué caldeándose la conversación, mostrándose unos partidarios de que el cuarto de hora existía, y otros de que no.

—Vaya, condesa,—dijo Angela, exaltada ya,—para que vea usted si ese cuarto de hora existe, voy á referirle un suceso de cuya autenticidad le respondo.

Todos nos aproximamos, á fin de no perder palabra de lo que Angela iba á referir, mientras la condesa seguía sonriendo con incredulidad.

—Vamos, venga el cuentecito,—dijo.

—No, condesa,—repuso con seriedad Angelita,—no es cuento, es historia.

—Pues venga la historia.

—Una... amiga mía, se había casado ciegamente enamorada de su marido. Este la correspondía de igual modo, y como además de la riqueza de su amor disfrutaban de la que producen los bienes de fortuna, la existencia de aquella pareja era completamente fe-

liz. Ella, no vivía sino en su casa, consagrada al amor de su marido, el cual la rodeaba de todo el bienestar y de todas las comodidades apetecibles. El esposo, no iba á parte alguna que no fuera con su mujer, y como sus negocios marchaban viento en popa, todo el tiempo que éstos le dejaban libre, á ella los consagraba.

—Vamos, era un matrimonio modelo, por lo visto, —dijo uno de los contertulios.

—No, era un matrimonio como deben ser todos.

—Pero que no lo son.

—Por eso hay tantos cuartos de hora en nuestra sociedad, —repuso Angelita. — Mi amiga, añadió siguiendo su relato, — estaba mal acostumbrada, porque un día que su esposo estuvo más tiempo que el ordinario fuera de su casa, se sorprendió, y como le vió algo preocupado cuando llegó, su sorpresa fué en aumento.

—Entonces habría reproches y... —dijo una señora.

—Nada de eso, —repuso Angelita. — Mi amiga fué tan prudente, que nada dijo. El siguiente día, el esposo permaneció fuera de su casa gran parte del día, y su preocupación era mayor al regresar á su casa. En fin, para no cansar á ustedes, á los quince días la situación de aquel matrimonio había cambiado por completo.

Quince días después, el esposo salía por la noche concluido de comer, y no regresaba hasta la una ó las dos de la madrugada.

Mi pobre amiga se juzgó olvidada. Semejante cambio tan radical en la vida de su marido, no podía reconocer por causa sino que alguna otra mujer le entretenía.

—¿Y su amiga de usted no le preguntaba.. ?

—¿Para qué? Ella estaba convencida de que su marido no le había de decir la verdad, y tenía demasiada dignidad para demostrarle que estaba celosa.

Lo único que hizo, fué abandonar la vida retirada que había llevado hasta entonces, y presentarse en algún salón de los muchos que desde su casamiento estaban esperando su asistencia. Se lo dijo á su marido para que la acompañara, pero el marido se excusó diciéndola que tenía sobrada confianza en ella para hacerle la ofensa de que tuviera necesidad de su presencia.

El corazón de mi pobre amiga, recibió un golpe terrible. Su marido no la amaba.

Todo el mundo se extrañaba de verla sola, y aún cuando ella trató de disculparle, observó ciertas sonrisas maliciosas que acabaron de hacerla comprender que todos, quizás, sabían la razón por qué no la acompañaba su esposo.

Mi amiga, era hermosa y joven, y aquella noche hubo de escuchar algunas frases que hacía subir hasta



que diera á su amor y su constancia el premio apetecido. Que aquella noche á las doce estaría delante de su casa, y que una vez que ella se pusiera delante de los cristales del balcón, sería la señal de que estaba dispuesta para seguirle el siguiente día.

Mi amiga leyó repetidas veces aquella carta.

sus mejillas el fuego de la indignación que ardía en su pecho.

Ya no quiso asistir á reunión alguna. Aquella fué la primera y la última.

Sin embargo, entre los galantes caballeros que más pródigos fueron en dedicarla sus obsequios, hubo uno que se propuso hacer zozobrar aquella virtud, á la cual el despecho podía llevar á sus brazos.

Concedor del desvío del esposo, pretendió hacer de él un arma para conseguir su objeto, y no salía una vez mi amiga que no se encontrase con el tenaz caballero y no se le encontraba una vez sin que de sus labios no saliera respetuosa protesta de amor.

Así pasaron meses. Mi amiga resistiendo, el esposo casi sin parecer por su casa hasta hora muy avanzada de la noche y el galán acechando la presa que pretendía devorar.

Cuando el despecho y los celos desatan los lazos del cariño, riesgo terrible corre el honor.

Mi amiga estaba indignada. Todas las noches esperaba al esposo que la reñía dulcemente porque le estaba esperando. Y ella le esperaba, no porque su ausencia le inspirase cuidado, sino para que comprendiese que sabía perfectamente la hora á que llegaba á su casa.

¡Cuánta amargura había en el corazón de aquella pobre mujer!

¡Cuánta labor estuvo haciendo su pensamiento durante un año que pasó así, asediada por el pretendiente que la revelaba faltas del marido para aconsejarle la que ella debía cometer, y la indiferencia del esposo que la dejaba abandonada á sus celos y su desesperación!

El seductor veía próximo el momento del triunfo.

Un día, el esposo no fué á su casa en toda la noche.

Esto era ya demasiado.

Pasó el siguiente día y por la tarde recibió una carta del galán, carta que le llevó una camarera á quien tenía comprada y por la que sabía cuanto pasaba en la casa, en la cual después de pintarle su pasión con los más ardientes colores, y de repetirla que su marido la engañaba, la rogaba

El veneno encerrado en las frases trazadas en ella se iba infiltrando poco á poco en su pecho. El deseo de venganza, la ira, los celos, la desesperación, se agitaban con violencia y desencadenados como tempestad furiosa subieron hasta su corazón, la arrollaron en su impetuoso torbellino y, conforme iba adelantando la noche, más se iba apoderando de ella el vértigo de la locura.

En vano había tratado de entretenerse como otras noches esperando á su esposo, haciendo alguna labor.

Dejaba el bordado, volvía á leer la carta, miraba el reloj que había colgado en la pared y fiebre desconocida la devoraba.

El bastidor y los pañuelos que bordaba habían sido cogidos y vueltos á dejar una porción de veces, y salía del aposento, se iba á otra estancia, y las tinieblas que iban invadiendo su espíritu parecían buscar la obscuridad de otra habitación para librarse de la luna que podía disiparlas.

En una de estas breves ausencias, llegó su esposo, que tenía llave para llegar hasta su habitación. Entró en la estancia, vió la labor que su mujer abandonara poco antes y, de pronto, sus manos tocaron un papel.

Lo cogió, desdoblólo, y leyó.

Una sonrisa dolorosa vagó por sus labios.

Después, miró el reloj, y volvió á dejar el papel donde estaba; y lo hizo muy á tiempo porque su mujer entraba en aquel instante.

—El marido se pondría furioso y como ya sabía donde encontrar á su rival, iría á su encuentro, habría el duelo consabido y he aquí por donde su amiga de usted pudo evitar el cuarto de hora fatal,—dijo la baronesa D... sonriendo.

—Siento decir á usted, amiga mía, que se ha equivocado,—repuso Angelina.—El esposo tuvo la gran fuerza de voluntad necesaria para dominarse, vió en el reloj que sólo faltaba un cuarto de hora para las doce, y todavía tuvo una sonrisa para saludar á su esposa que se quedó en el umbral de la puerta, inmóvil y trémula de espanto.

¿Habría leído su esposo aquella carta?

Fué necesario que él la dijera con el acento tierno y cariñoso de otro tiempo, que no debía trasnochar de aquella manera. Que en lo sucesivo procuraría él regresar á su casa más temprano para evitar que ella hubiera de esperarse.

La esposa le escuchaba con frialdad. Miraba el reloj, pensaba en el otro que estaba esperando su señal, y lo único que contestó á su marido fué que estaba cansada, y que una vez estaba allí, deseaba retirarse á su dormitorio.

—Y el marido no supo recoger aquella carta y arrojarla al rostro de su mujer para confundirla y...—dijo uno de los caballeros.

—No señor,—repuso Angelita.—Miró el reloj también; sólo faltaba doce minutos para la hora fatal. Manifestó deseos de hablar con su esposa hasta las doce siquiera, según la dijo, y ella no tuvo más remedio que sentarse junto al cesto de labores, procurando asegurarse que la carta estaba allí.

Entonces el marido empezó á contarle, suponiendo que le acababa de suceder á un amigo suyo, su propia historia desde el momento en que empezó á alejarse de su esposa.

—Vamos, confesó la culpa, hizo protestas de arrepentimiento, y ella perdonó sin duda.

—Como no había culpa, ni el esposo hubo de arrepentirse, ni la esposa tuvo necesidad de perdonar. El marido había depositado toda su confianza en un hom-

bre que abusó de ella indignamente, desapareciendo de Madrid, llevándose casi toda su fortuna y dejándole grandes descubiertos. El pobre esposo, no tuvo valor para decir á su mujer que estaban arruinados, que era preciso renunciar á la existencia que hasta entonces llevaba, y para cubrir al menos las apariencias respecto á aquella mujer tan querida, había tenido que distribuir los días y las noches llevando la contabilidad en la casa de un banquero amigo suyo, dando lecciones de Teneduría de libros y Cálculo mercantil en dos ó tres colegios, y, finalmente, arreglando los libros por la noche en la casa de un gran almacenista de drogas que no quería darse el gasto de tener un verdadero tenedor de libros.

Suprimió todos sus gastos particulares, y con los cien duros mensuales que le proporcionaba aquel trabajo incesante y lo poco que pudo salvar del naufragio de su fortuna, pudo su mujer continuar disfrutando de las mismas comodidades que antes.

Había momentos en que el desgraciado se sentía desfallecer bajo el peso de aquel horrible trabajo, pero el cariño de su mujer le sostenía. «Es por ella», decía, y este pensamiento le prestaba nuevas fuerzas.

Sin embargo, continuó refiriendo la que suponía historia de su amigo, su esposa sintió el alejamiento de su marido, prestó oídos á frases pronunciadas con el sólo objeto de perderla y llegó un instante en que resolvió abandonar la morada conyugal para seguir al seductor que la esperaba impaciente. Y esto lo sabía el marido, el desgraciado que estaba sacrificándose por ella.

Y al llegar á este punto de su historia, el esposo de la heroína de mi relato, fijó sus ojos en el reloj, lleno de angustia.

También la esposa siguió la dirección de su mirada. Dos minutos solos faltaban para las doce. Al retirarse del reloj, aquellas dos miradas se encontraron.

Ventanas del alma los ojos, por ellos se asomaron las angustias y el tormento del esposo y el peligro que estaba próximo á correr la esposa.

Esta, comprendió la grandeza de sentimientos del hombre á quien en su ceguedad trató de ultrajar.

Uno y otro se miraron en silencio.

Un momento hubo de vacilación.

El esposo apenas se atrevía á respirar.

La esposa se levantó de la butaca, y lentamente se dirigió hacia el balcón.

Su marido densamente pálido y falto de aliento la miraba.

El cuarto de hora terminaba ya.

La esposa cogió las maderas del balcón y las cerró resueltamente.

La crisis había terminado.

Un suspiro que brotó del oprimido pecho del esposo, reveló su satisfacción.

La esposa llegó hasta el cestito de su costura, cogió la carta y se la entregó á su marido.

Este, rasgó la carta en muchos pedazos y abrió los brazos á su mujer que se arrojó en ellos llorando de alegría y de vergüenza al mismo tiempo.

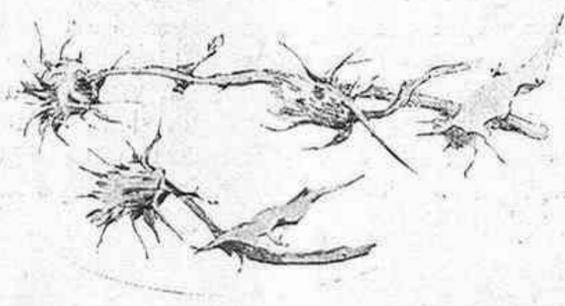
—Ya ven ustedes,—dijo Angelita,—cómo ese cuarto de hora existe, y de qué causas tan insignificantes á veces depende que forme una época en la vida de las personas sujetas á su influencia.

—¿Pero está usted segura, Angelita,—dijo la baronesa—de que sea cierto en todas sus partes ese relato?

—Tan cierto, como que la protagonista de esa historia he sido yo misma.

RAFAEL DEL CASTILLO

Ilustraciones de V. BUIL.



PARA LOS LITIGANTES, Ó EL SOLDADO VETERANO Y LOS PERROS AMAESTRADOS
(HISTORIETA MUDA); por R. FRADERA.

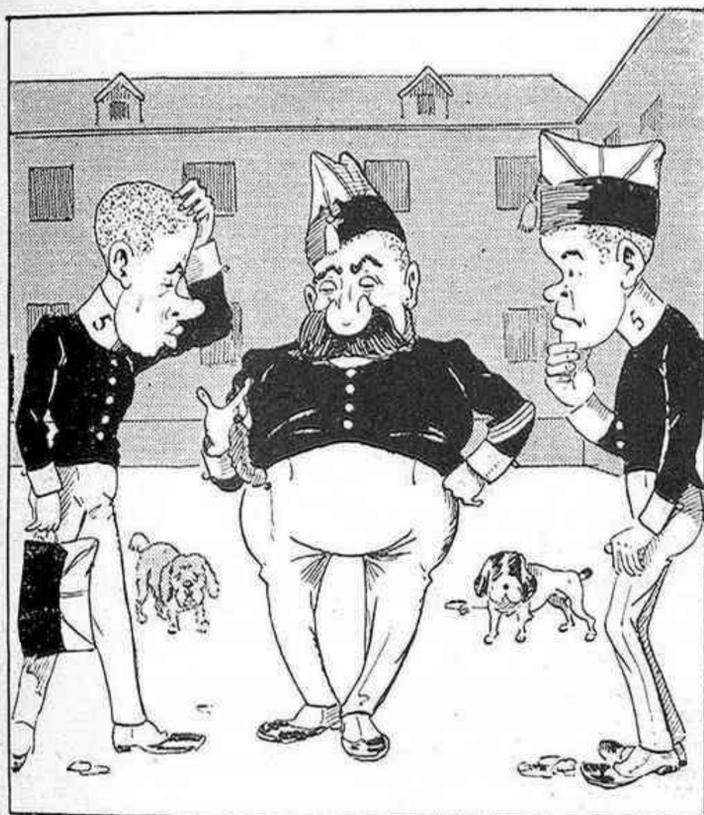
ATENA
BIBLIOTECA
MADRID



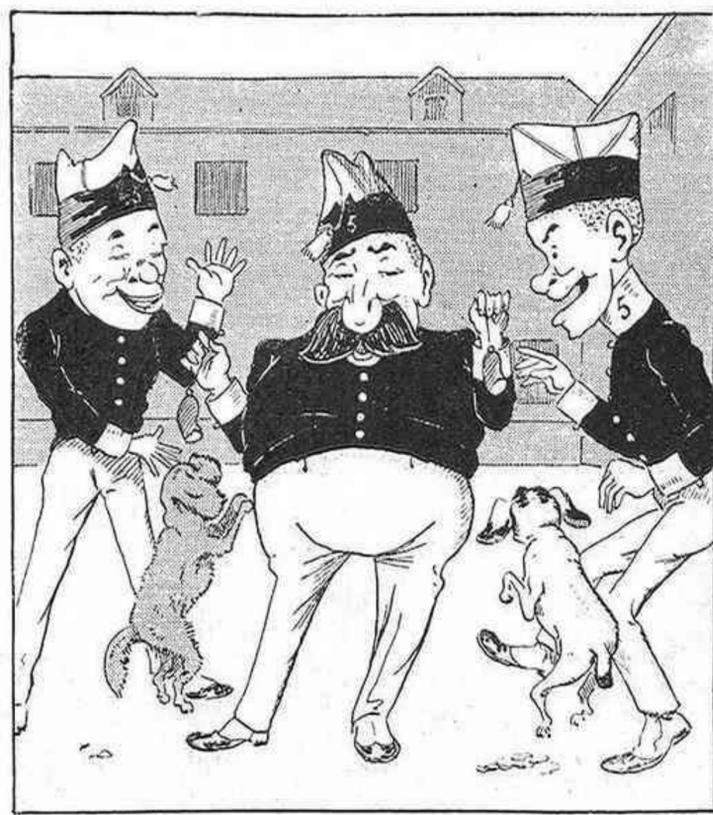
1



2



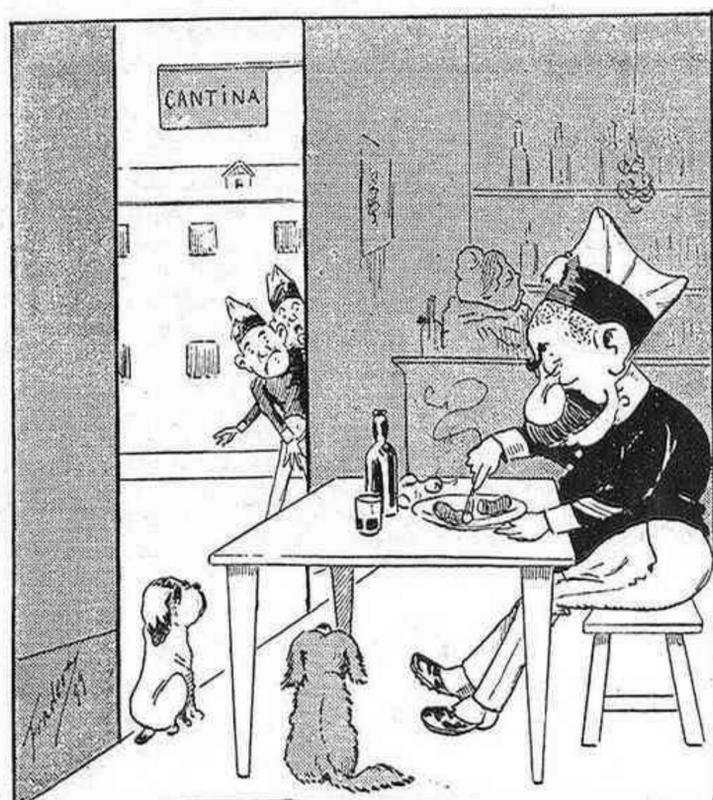
3



4

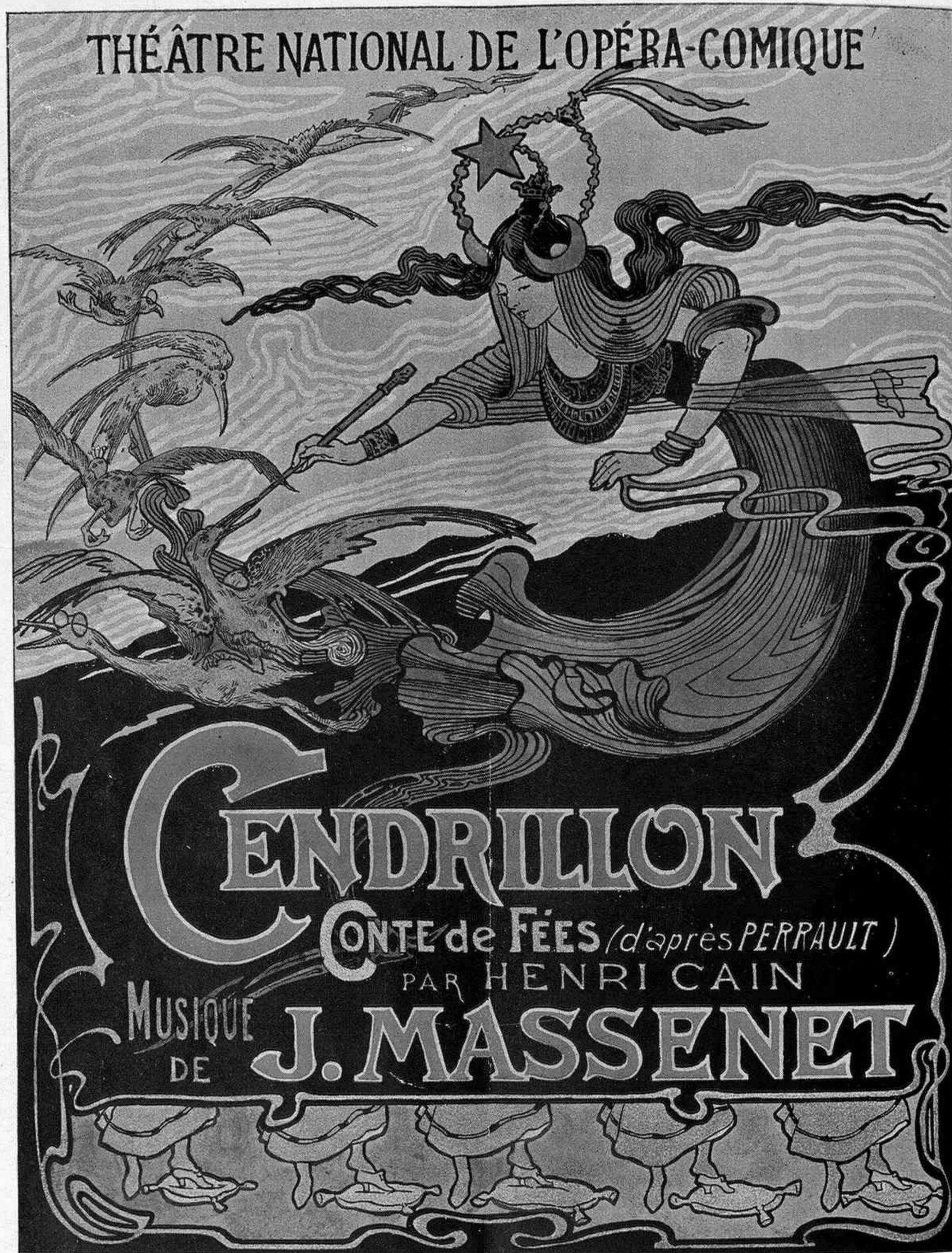


5



6

Fot.-Tip.-Lit. del «Album Salón».



Cartel anunciador de la obra «Cendrillon», en el Teatro Nacional de la Opera Cómica.—París.
SERIE 1.^a

Núm. 54



